



“DE INDEPENDENTISTA A AUTONOMISTA: LA TRANSFORMACIÓN DEL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LUIS MUÑOZ MARÍN (1931-1949)”, DEL DR. CARLOS R. ZAPATA OLIVERAS

Roberto Colón Ocasio

Director de la Biblioteca Adelina Coppin
Universidad de Puerto Rico en Ponce

La obra que nos ocupa tiene por objeto dilucidar uno de los grandes enigmas de la historia puertorriqueña del pasado siglo: la transformación del pensamiento político del hombre que, durante cinco décadas, dominó la política isleña y cuyas enseñanzas continúan afectándonos en este nuevo siglo

Luis Muñoz Marín ha recibido amplia exposición en nuestra historiografía. Su persona, ideología y obra política han sido estudiadas y analizadas por seguidores y detractores, cubriendo el espectro emocional desde el amor y la idolatría, pasando por la indiferencia, hasta el rechazo y el desprecio abierto. Ciertamente, él ha provocado grandes debates y ha calado profundamente en la psiquis de todos los puertorriqueños –más allá de distingos políticos– o politiqueros. Su transformación ideológica se nos ha presentado en ocasiones como una traición al noble ideal de la independencia y en otras, como un giro hacia un pragmatismo imprescindible para atender las necesidades más apremiantes de su pueblo, sumido como estaba, en una miseria espantosa. Las supuestas causas de la transformación corren paralelas a esas visiones. Algunos esgrimen el argumento de la imposición del cambio por el sistema administrativo y legislativo del soberano ausente, otros por la acción del régimen militar estadounidense, ávido de mantener posiciones de

valor geoestratégico, y todavía otros, como resultado del imperio capitalista esclavizante de masas empobrecidas que son vistas como herramientas baratas para la producción de riquezas. Este es el enigma del desarrollo del pensamiento político de Muñoz.

Ante el maremagno que supone el panorama arriba descrito, aparece esta obra de nuestro compañero, el Dr. Zapata, historiador y profesor. En un lenguaje sencillo y ameno, Carlos nos conduce por los laberintos de Washington y del poder político local, en su afán por descorrer el velo del misterio de la transformación política muñocista. En cuatro capítulos, profusamente ilustrados y documentados, él nos presenta la transición del hombre joven de treinta y tres años, idealista insobornable; que luego de largos años de residencia en los centros de poder de la metrópoli y embebido de las corrientes socializantes de la época, regresa a la Isla a tomar participación activa en el devenir político de su pueblo; al gobernante experimentado a la altura del 1949, que ha enfrentado con relativo éxito algunos de los agobiantes problemas socioeconómicos que aquejaban a su pueblo, pero que ha llegado al convencimiento de que el ideal soñado sería alcanzado sólo después de recorrer un largo camino aún incierto y escabroso. El historiador



nos relata el tránsito de la idea independentista a la práctica autonomista. Veamos:

Los capítulos I y II constan, cada uno, de dos partes, que llevan por título, la primera: “El independentista apasionado”, y la segunda, “el independentista moderado”. Zapata sostiene que entre 1931 y 1936 Muñoz es sucesivamente apasionado, y luego moderado, y que el ciclo se repite entre 1936 y 1940.

En este período, nos dice Zapata que Muñoz, que había ingresado en el recién organizado Partido Liberal Puertorriqueño, tenía dos metas principales: “aniquilar el colonialismo mediante la independencia y erradicar la pobreza extrema”. Él defendió la independencia por motivos morales y económicos, pensando que, de tener Puerto Rico los poderes políticos de un estado soberano, podría implantar soluciones propias a sus necesidades económicas. Sostuvo además Muñoz, que las barreras aduaneras establecidas por los Estados Unidos sólo favorecían a su población. Sobre la autonomía, éste pensaba que, “era meramente una dádiva que se le pide a una nación extranjera [los Estados Unidos] y esa nación no puede reconocer entidades territoriales autónomas dentro de su sistema porque su constitución le impide a su poder legislativo desprenderse de la facultad de revocar cuantas leyes haya hecho, incluyendo aquellas mediante las cuales se haya otorgado alguna fórmula de gobierno que parezca una autonomía.” Sobre la Estadidad no había lugar a dudas: Muñoz siempre la rechazó como opción viable.

El cambio de administración en Washington en el 1932 llevó al liberal Franklin Delano Roosevelt a la presidencia de la nación. Muñoz, mediante la influencia de una amiga periodista, se introdujo en el nuevo escenario político esperanzado en obtener logros que no se habían alcanzado en pasadas administraciones; pero también fue golpeado por la realidad de un poder dispuesto solamente a conceder dádivas y no cambios radicales.

La muerte del Coronel Riggs, el primer proyecto de independencia Tydings y la Masacre de Ponce fueron eventos que conmovieron el espíritu de Muñoz y dieron paso a una reflexión más pausada sobre su ideal político. Su ruptura con el líder máximo del Partido Liberal, Antonio R. Barceló, su peregrinaje por los campos y pueblos de Puerto Rico y la fundación del Partido Popular Democrático lo llevaron a coquetear con la idea de soslayar, aunque fuera por poco tiempo, la consecución del ideal de la independencia en pro del logro del bienestar socio-económico ya mencionado. El contacto con el hombre común de barrios y pueblos le convenció de que éstos no deseaban la independencia de la Isla. La transformación comenzaba a fraguar.

El capítulo III lleva por título: Nace el Autonomista (1941-1945)

La década del cuarenta nace con una anémica victoria para su partido, el cual acudió a las urnas con el compromiso de adoptar leyes previamente presentadas al electorado para atender los problemas socio-económicos señalados y con la promesa explícita de que sus votos no serían considerados favorecedores de un status político específico. Ya desde el 1939, los Estados Unidos preparaban el escenario defensivo para atender una posible extensión de las actividades bélicas recién comenzadas en Europa hacia el área del Caribe y se aprestaba al fortalecimiento de su bastión militar principal en la antesala del Canal de Panamá. Esto agregó otro ingrediente a la mezcla de la transformación de Muñoz. Como ciudadano de los Estados Unidos y fiel creyente en la democracia, su compromiso no debía ser cuestionado—apoyaría el esfuerzo bélico y colaboraría en todo lo que estuviera a su alcance para facilitar la defensa nacional—tanto de allá como de acá. Luego de adquirida la paz, se retomaría la cuestión del status.

Durante el período de la guerra, Muñoz estuvo fuertemente influido por tres estadounidenses que calaron hondo en su pensamiento político -Rexford Guy Tugwell, gobernador de Puerto Rico, Harold Ickes, Secretario del Departamento de lo Interior de los Estados Unidos y el Subsecretario de lo Interior, Abe Fortas, quien tampoco favorecía la independencia para la Isla por entender que la misma representaba la ruina económica y social. Dos intentos fallidos por obtener reformas políticas: - la comisión presidencial - que recomendó la concesión del gobernador electivo para los puertorriqueños - y el segundo proyecto de independencia de Tydings - también con condiciones económicas desastrosas para Puerto Rico - abonaron a su creciente desilusión con la meta soñada de la independencia - patria. ¡Estaba a punto de nacer el autonomista!

El capítulo IV lleva por título “Se consolida el autonomista” (1945-1949)

Las elecciones del 1944, en las cuales el status político tampoco era asunto de campaña, le garantizaron el poder absoluto al Partido Popular. Se acercaba el momento de la decisión suprema. Luego de haber solicitado y obtenido la confianza de la mayoría del electorado bajo la promesa de que no se trabajaría con el destino político final de la Isla, Muñoz retomó la discusión del mismo para presentarles alternativas viables a los electores en las elecciones del 1948. En enero del 1945, el senador Tydings radicó nuevamente un proyecto de independencia ante el Congreso de los Estados Unidos que, al igual que los anteriores, resultaba inaceptable por sus consecuencias económicas negativas para la Isla y las concesiones militares casi ilimitadas que contenía para sus fuerzas armadas. La oferta abrió un cisma en las filas del Partido Popular entre los independentistas radicales y los moderados que se inclinaban cada vez más, con Muñoz, hacia el centro o el autonomismo. En el 1946, el economista Ben Dorfman preparó un informe para la Comisión Tarifaria de Estados

Unidos en el cual se analizaban las repercusiones económicas de la independencia para la Isla. Sus conclusiones resultaron devastadoras para Muñoz independentista. El líder Popular se atrincheró en el ideal autonomista y se dedicó a buscar “nuevos caminos” hacia el “viejo objetivo” de la independencia. El Partido Independentista Puertorriqueño se estableció el 20 de octubre de 1946.

El fin de la guerra mundial, el establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas y la promesa de descolonización contenida en la Carta del Atlántico suscrita por el líder británico Winston Churchill y el Presidente Roosevelt desde el 1941, se convirtieron en faros para los pueblos que aún dependían de estos poderes. El surgimiento de la rivalidad ideológica entre los antiguos aliados -la Unión Soviética y los Estados Unidos- también dio paso al establecimiento de un estado de tirantez continua entre éstos por lograr la hegemonía mundial, que se conoció como la Guerra Fría. Puerto Rico se encontraría en el frente de la batalla ideológica en esta nueva guerra. Estos factores fueron determinantes en la consolidación del Muñoz autonomista.

En el 1946 el viejo amigo de Muñoz, Antonio Fernós Isern se convirtió, tras el nombramiento de Jesús T. Piñero a la gobernación de Puerto Rico, en Comisionado Residente en Washington. Éste había propuesto a la Junta Central del Partido Popular un modelo de ordenamiento político-jurídico basado en el concepto de Estado Libre Asociado que algunos líderes puertorriqueños habían propuesto desde la década del veinte como posible solución al dilema del status. Muñoz acogió la idea y, luego de la victoria Popular en el 1948 - en la cual tanto él como Fernós revalidaron, y en cuyo programa se le indicó al pueblo que el partido buscaría una solución al status que le sería presentada para su aprobación, o rechazo en un plebiscito - aquel instruyó al Dr. Fernós a desarrollar el mismo y someterlo al Congreso de

los Estados Unidos como modelo propulsado por el Partido Popular Democrático. La suerte estaba echada. Muñoz cruzaba su Rubicón.

Este trabajo representa un esfuerzo titánico de investigación en varios centros documentales de Puerto Rico y de los Estados Unidos: El Archivo Luis Muñoz Marín, la Biblioteca Franklin Delano Roosevelt, la Biblioteca Harry S. Truman, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, los Archivos Nacionales en Washington, D. C., y en College Park, Maryland. Contiene, además, cientos de fotografías del acervo de la Fundación Luis Muñoz Marín que amplían la información escrita, pues en ellas palpamos la realidad de nuestro pueblo durante el período que cubre el estudio que a veces es imposible captar con la palabra escrita. Ellas, de por sí, constituyen documentos principalísimos para la reconstrucción de los sucesos narrados.

Entiendo que éste sería un excelente texto para explicar este difícil período de nuestra historia a los jóvenes de nuestro tiempo, a quienes observo un tanto desconectados de esa realidad en la que se forjaron sus abuelos y padres.

El Dr. Zapata señala ventanas adicionales de investigación – que aún permanecen cerradas parcialmente – para los estudiosos de la historia puertorriqueña, tales como: el rol que desempeñaban los funcionarios de la División de Territorios del Departamento de lo Interior de los Estados Unidos en el desarrollo socio-político de Puerto Rico, especialmente Harold L. Ickes; la función de los miembros de los comités congresionales que atendían la legislación relacionada con Puerto Rico, quienes, a mi mejor entender, eran los gobernantes de facto de la Isla; las relaciones de trabajo entre Muñoz y los Gobernadores Leahy, Tugwell y Piñero; el papel principalísimo que desempeñó

Abe Fortas, tanto como Subsecretario del Departamento de lo Interior como en su rol – años después – como representante legal en Washington del Gobierno de Puerto Rico. Todos ellos inciden en la toma de conciencia de Muñoz y en el desarrollo político de Puerto Rico.

